

EL ESPEJO DE BEATRIZ

VOLUMEN 2

COMPILACIÓN

PREMIO NACIONAL DE CUENTO

«BEATRIZ ESPEJO»

YUCATÁN

EL ESPEJO DE BEATRIZ VOLUMEN 2

COMPILACIÓN



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Juntos transformemos
Yucatán
GOBIERNO DEL ESTADO

SEDECULTA

SECRETARÍA DE LA CULTURA
Y LAS ARTES

*F*ICTICIA

MÉXICO
2020

GOBIERNO DEL ESTADO DE YUCATÁN

MAURICIO VILA DOSAL
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL

SECRETARÍA DE LA CULTURA Y LAS ARTES DE YUCATÁN

ERICA BEATRIZ MILLET CORONA
SECRETARIA DE LA CULTURA Y LAS ARTES

ANA ISABEL CEBALLOS NOVELO
DIRECTORA DE DESARROLLO ARTÍSTICO Y GESTIÓN CULTURAL

ROSELY ELIZABETH QUIJANO LEÓN
JEFA DEL DEPARTAMENTO DE FOMENTO LITERARIO Y PROMOCIÓN EDITORIAL

FICTICIA EDITORIAL
Editor: Marcial Fernández
Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow
Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,
Ciudad de México.
www.ficticia.com ficticiaeditorial@ficticia.com

EL ESPEJO DE BEATRIZ
VOLUMEN 2. COMPILACIÓN
1A. EDICIÓN, 2020
D. R. © Los autores
D. R. © Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán
D. R. © Secretaría de Cultura
D. R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-130-5

EDICIÓN REALIZADA CON EL APOYO DE LA SECRETARÍA DE CULTURA A
TRAVÉS DEL APOYO A INSTITUCIONES ESTATALES DE CULTURA (AIEC) 2020

DOMICILIO DE LA SEDECULTA: Calle 18 No. 204 x 23 y 25,
Col. García Ginerés, C.P. 97070, Mérida, Yucatán.

ESTE LIBRO NO PUEDE SER REPRODUCIDO PARCIAL O TOTALMENTE SIN
LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT.

HECHO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

CONTENIDO

PRÓLOGO

Beatriz Espejo 11

POST MORTEM

Salvador Hurtado 13

DÈJÁ VU

José Luis Domínguez 27

REMBRANDT Y LOS ALMANAQUES

Juan Casas Ávila 37

CODA

Amelia Suárez Arriaga 51

PROMETEO EN LA CALLE 51

Javier España 57

CRACK

Marcial Fernández 65

DESAPARECIDO

Raúl García Rodríguez 75

IONIC KING	
Claudia Cabrera Espinosa	87
DANZA AFRICANA	
Ileana Olmedo.....	95
HOMBRE AL AGUA	
Carlos Farfán	103
A RAS DE SUELO	
Daniel Tristán.....	117
PECES PODRIDOS	
Andrés Jesús Castillo Martínez.....	127
RENAULT ALLIANCE, AMANTE Y PISTOLA	
Itzel Guevara del Ángel.....	137
CRISIS	
Carlos Farfán	153
MORIR EN SHAKESPEARE	
Arturo Núñez Alday.....	165
HUELLAS EN EL CAMINO	
Hernán Arturo Ruíz.....	179
LOS DOCE DESEOS	
Monserrat Ocampo Miranda	189
EL ANTIGUO ENEMIGO	
Gustavo Vázquez Lozano.....	195

LA CERCA	
Jorge E. Basaldúa.....	205
EL GUARDADITO	
Joaquín Filio Tamayo Herrera.....	219
MAUSOLEO	
Federico Vite.....	225
UN HOMBRE NO ENTREGA EL CORAZÓN	
Luis Aguilar	239
NO TE DEJAN SALIR	
Alonso Humberto Marín Ramírez.....	249
EL DUELO	
Edgardo Arredondo	257
LO QUE PASA POR LA CABEZA DE UN TIRADOR	
José Luis Enciso.....	263
RICKI RANDY JOHNSON CONTRA LOS PÁJAROS VOLANDO	
Alonso Humberto Marín Ramírez.....	277
TRUCOS DE BOLSILLO	
Efraím Blanco.....	285
EL PEZ MÁS CHICO	
Adriana Ayala	293
TIBURONES	
Adán Medellín.....	303

CARTAS A CHARLOTTENBURG

Martín Durán 315

CUIDADOS PALIATIVOS

Yobaín Vázquez Bailón 331

ÚLTIMOS AJOS ACOMPAÑADOS

Miguel Ángel Gómez Reyes 341

EL ANIMAL MÁS HERMOSO DEL MUNDO

Mauricio Carrera 355

LA OFRENDA

Enrique Adonis R. M. 371

LA BALADA DEL INFANTE MARICA

Alonso Humberto Marín Ramírez 383

TODO ESTÁ CUMPLIDO

Angélica López Gándara 393

PRÓLOGO

Dos poetas jóvenes a quienes guardo entre mis recuerdos felices instituyeron un premio con mi nombre, que por un solo cuento pagaría una cifra considerable de dinero. La propuesta despertó interés y empezaron a llegar concursantes. Se estimulaba así un género literario que entre nosotros ha dado frutos admirables, lo cual requiere sensibilidad y conocimientos.

Al principio solían recibirse leyendas escuchadas en la amenidad de las sobremesas. Luego, de diferentes partes de la república, se sumaron trabajos incluso de periodistas y escritores reconocidos por su talento. Algunos con tanta calidad que pusieron a los jurados en problemas para seleccionar el mejor. Entonces, sin cambiar las bases del concurso, se otorgaron menciones honoríficas.

Ya no se trataba de consejos populares sino de cuentos respetables. En muchos casos requieren la consabida ecuación (de planteamiento, desarrollo y desenlace), que siempre puede romperse si se consigue como hacerlo. También se juzga la originalidad temática, la tensión narrativa, el ritmo de la frase, lo apropiado del lenguaje donde no sobre ni falte nada, la sabiduría para mantener el asunto hasta

completarlo sosteniendo el interés de la voltereta final, y de ser muy afortunados, sugerir varias lecturas: la expuesta a primera vista y la que huella la memoria, cosa tan difícil de lograr que en tales casos hablaríamos de textos magistrales.

La cantidad ofrecida de 50 mil pesos y el prestigio del premio han estimulado ha que participen quinientos autores en cada emisión. Aunque hace tiempo sacaron una excelente antología, ahora se decidió publicar un segundo volumen con el resto de los galardonados para celebrar los veinte años del concurso y los cambios que la tecnología y las costumbres han dejado en la literatura. El esfuerzo que implica ha sido sostenido por la Secretaría de la Cultura y las Artes del Estado de Yucatán y la Dirección de Cultura del Honorable Ayuntamiento de Mérida, ello me obliga a un enorme agradecimiento hacia Erica Millet e Irving Berlín, encargados respectivamente de ambas instituciones. Saben que los artistas construyen arquitecturas de palabras y las pueblan de personajes. Ambos saben también fomentar las bellas artes en una región del mundo de cielos profundamente azules y mañanas cristalinas.

Beatriz Espejo

POST MORTEM

Salvador Hurtado

Nació en la Ciudad de México en 1970. Ganó el Premio Beatriz Espejo en 2008. Tiene estudios en comunicación, arte dramático y una maestría en Letras Modernas. Ha publicado la novela *El Sabbath del lobo* (2012) y el ensayo *Satanás, una biografía no autorizada* (2017). Su libro más reciente, *Extraño reflejo en el espejo humeante*, acaba de salir de imprenta.

El doctor Alonso Dávila miraba con aire distraído el letrero que estaba pintado en la pared como lema de los patólogos de la pequeña clínica de alta seguridad que dirigía: *Mortuis parestium et vocem dare necessee est*, es decir: “Es necesidad proteger a los muertos y darles una voz”.

El doctor Dávila se encontraba en un conflicto emocional. Por un lado, el asunto concerniente al paciente Anselmo Becker le parecía una molestia de la que no se podía alejar; en específico después de haber tratado a ese insoportable y entrometido “doctor” Carvajal, que más parecía un alquimista con cucurucho de mago que el “ministro de asuntos extraños” del Arzobispado de México. Su solo recuerdo

hacía que la cara de Dávila enrojeciera y que se le saltara esa vena en la frente, señal de tormenta para sus subordinados. Aunque con gusto le daría el cadáver al arzobispado, ya que con tal urgencia lo requerían; su curiosidad científica lo obligaba a autorizar una autopsia que tal vez aclararía la causa del extraño mal que hizo sucumbir a su paciente. Incluso podría documentar el hallazgo de un síndrome que llevaría su propio nombre si tenía suerte. Esto impedía que entregara el cuerpo al Servicio Médico Forense (SEMEFO), que usualmente se encargaba de hacer el manejo de cadáveres y especialmente a ese molesto “doctor” Carvajal, que no dejaba de insistir usando las influencias de la iglesia católica.

Dávila se encontraba en la sala de disección del anfiteatro de la clínica, esperando a que el patólogo Monroy terminara el soliloquio en el que estaba absorto. *El gordo* Monroy era una montaña humana de ciento cincuenta kilos que sudaba ante el simple esfuerzo de hablar. Cosa que hacía más para sí mismo que para el director del hospital; tenía la costumbre de divagar en largos monólogos ante los oídos sordos de los cuerpos que lo acompañaban. Frente a los restos fríos de sus “pacientes” se explayaba a sus anchas, pero con el doctor Dávila allí, se sentía incómodo.

—Las pruebas para verificar la muerte se hacen desde que el hombre es hombre y se hacen para asegurarse que nadie sea enterrado vivo... Aunque como usted sabe, eso ya casi no pasa —decía mientras cerraba un ojo a su jefe y un chorrillo de sudor le corría por los anchos mofletes que temblaban con su risita nerviosa—. Generalmente se considera muerta a una persona cuya actividad cerebral ha cesado. Y eso se mide con aparatos precisos. Sin embargo, la verdadera discusión ética que ha surgido a raíz de los últimos descubrimientos es: ¿en qué consiste

el acto de morir? ¿Cuál es el punto preciso de la cesación de la vida?

Mientras el gordo hablaba, Dávila miró alrededor de la pequeña sala. Las paredes blancas y las luces brillantes le provocaban la sensación de encontrarse en un día de sol dentro de la congeladora. En ese microcosmos, lo que no estaba cubierto de mosaicos blancos, era de acero. Tomaba unos segundos acostumbrarse al brillo que se reflejaba por todas partes en la impecable habitación sin ventanas. De un lado estaban las gavetas de metal gris en donde se almacenaban los cuerpos, en espera de que dispusieran de ellos. En el lado opuesto había una puerta de doble hoja con dos claraboyas por la que se accedía a la sala. En el centro de la habitación, dos mesas de acero inoxidable ligeramente inclinadas para facilitar el drenaje. Ambas tenían los bordes un poco levantados para que no se derramasen los líquidos que los cuerpos pudieran soltar. Una medía dos metros y medio de largo, y la otra un poco menos, y tenía un grifo y manguera. Sobre la segunda se alineaba el instrumental de patología. Al director Dávila le llamaba la atención lo distinto que era el bisturí del patólogo al del cirujano, la hoja era larguísima y de una forma poco usual; de hecho, era la hoja desechable mas larga que se podía comprar. También el “enterotoma”, unas tijeras con un borde romo para cortar tripas sin perforar el “lumen” interior del intestino. El cincel de cráneo, las agujas, la sierra *Stryker* vibradora, el grueso y áspero hilo de sutura que parecía hecho para coser pelotas de béisbol. “Bueno”, pensó Dávila, “incluso el cirujano es diferente”: Monroy parecía más bien un tablajero de rastro que un médico... ¡Lo era!

Mientras el adiposo galeno seguía su sermón sobre la dificultad de determinar el punto exacto del fin de vida,

Alonso Dávila se lamentaba de tener que llevar a cabo la autopsia con el doctor Monroy. El “doctor” Carvajal, había logrado obtener una orden de la máxima autoridad para disponer del cadáver de Anselmo Becker. Quería enviarlo a la Universidad Vaticana para su estudio. Había sido una batalla legal de cinco días. Así que si Dávila quería hacer la autopsia, debía hacerla esa misma noche... y con *El gordo* Monroy.

El patólogo terminó su perorata y se acercó a la gaveta donde descansaba el cuerpo de Becker. Lo pesó, lo midió y lo colocó en la plancha sin mucha ceremonia. Procedió a hacer el examen externo: rasuró el cráneo, dejando al descubierto la fea herida del golpe que se diera Anselmo contra el filo de la ventana en su último acceso de rabia. Revisó las uñas y debajo de ellas. Siguió con los codos, mandíbula y rodillas para revisar el *rigor mortis* y establecer la hora de muerte. Examinó las laceraciones en hombros, pecho y manos. Olfateó aromas característicos de sustancias químicas y revisó la lividez y las piernas para establecer la posición del cuerpo en el momento exacto del fallecimiento. Todo el tiempo, Monroy le hablaba al muerto mientras le acariciaba la calva:

—A ver mi cuate... ¿cómo te hiciste eso?... A ver, qué me dicen tus piernas... Que raro, esto no es lo normal... A ver amiguito... Eso es...

—Doctor Monroy, no es necesaria esta exploración —dijo Dávila agobiado—. A este hombre no lo encontramos tirado en la calle. Lo que interesa no es el traumatismo craneoencefálico que lo mató, sino el mal que lo estaba matando *a priori*. Quiero saber si era envenenamiento, intoxicación, síndrome, enfermedad o lo que haya sido.

—Doctor Dávila, con todo respeto, déjeme hacer mi trabajo. Yo sé lo que hago y sé que hay algo extraño en este amigo.

La apariencia del cadáver era sorprendentemente buena, de hecho, se veía mejor que cuando estaba agonizante. Su rostro, lívido, portaba una expresión de tranquilidad casi beatífica.

—¿Ve a lo que me refiero doctor? —preguntó el gordo.

—¿A lo que se refiere de qué?

—De lo que le decía. Mire, tome este ejemplo. Su presión es de cero sobre cero, su temperatura es nula, ya no respira, el cerebro no tiene actividad... y sin embargo, se mueve...

—Perdone Monroy, ¿qué tiene que ver Galileo con esto?

—No citaba a Galileo, digo que éste todavía se mueve. Dos veces abrí su gaveta y lo encontré boca abajo... Ya sé lo que me va a decir, pero revíselo usted mismo... ¿nota algo inusual? —el sudor ahora goteaba por la papada del patólogo.

La cara de Dávila se mantuvo impávida al ver un ejército de lombrices, *ascaris lumbricoides*, que salían por los ojos, la nariz, la boca y demás cavidades del cuerpo; es normal que, al bajar la temperatura del cuerpo, ciertos parásitos lo abandonen. Monroy los apartó con la mano mientras Dávila se daba por vencido:

—Según usted, ¿dónde está lo raro?

—En la sangre doctor.

—¿Cuál sangre?

—¡Precisamente! Este compañero está seco. No presenta hematomas. Cuando la circulación cesa, la sangre tiende a depositarse en la parte inferior del cadáver, marcando claramente la posición del cuerpo justo después del deceso. Pero nuestro “amigo” presenta lividez por todos lados. De hecho, ni siquiera posee la rigidez que debería tener.

Mientras hablaban, las luces parpadearon, dejándolos en las tinieblas por unos segundos antes de volverse a encender y apagar, intermitentes. *El gordo* Monroy guardó silencio por un instante y sudando más que nunca dijo a Dávila:

—Ese es otro detalle del que le quería hablar. Algo pasa con las luces desde que llegó éste aquí.

—Entonces doctor... —dijo Dávila, desviando el tema después de un incómodo silencio— ...quiere decir usted que la sangre ha coagulado de manera anormal.

—No, quiero decir que no hay sangre. Mire es normal que después del fallecimiento la sangre se coagule y, posteriormente, durante el proceso normal de descomposición se vuelva a licuar. Pero examine usted la herida de la cabeza... Ese golpe fue dado cuando ya no había circulación en las arterias, por lo tanto, debo concluir que el traumatismo fue *post mortem*.

—Es ridículo. Todos en el piso lo vimos correr por la cornisa y caer, aullando, desde el tercer piso —sintió Dávila como si un aliento gélido le soplara en la base del cráneo—. Estaba bien vivo cuando se golpeó.

Unos pasos en el corredor sonaron como si marcaran los segundos de silencio que se arrastraban densamente. La mirada de los médicos se dirigió a la puerta de la sala; afuera estaba oscuro. Pasaron dos minutos antes de que el gordo volviera a hablar.

—¿Cómo le hiciste mi cuate? —Dávila estuvo a punto de reaccionar con enojo ante la familiaridad de Monroy, pero se dio cuenta que el obeso patólogo se dirigía otra vez al cuerpo de Becker—. ¡parece que nos quieres pegar un buen susto! Y te aprovechas porque es de noche.

Las luces parpadearon de nuevo y la temperatura de la habitación pareció descender unos grados.

—Doctor Mondragón, hábleme de la descomposición de este cuerpo.

Aunque ninguno de los dos quería reconocerlo, sintieron que la atmósfera se había vuelto tan densa como en un sepulcro. No mencionaron los pasos que oyeron en el pa-

sillo, sabiendo que no había nadie más en el área de patología; ambos tenían una extraña sensación de apremio, como el que se percibe en la naturaleza poco antes de que estalle un huracán. Monroy hizo un esfuerzo por continuar hablando con tono de rutina, pero había algo seco en su voz, y su papada temblaba más de lo normal:

—Cuando cesa la circulación, las células comienzan a morir por falta de oxígeno. Pero no todas lo hacen al mismo tiempo, las células cerebrales duran unos tres a siete minutos mientras que las de la piel siguen vivas después de veinticuatro horas y se pueden cultivar... —Monroy parloteaba de manera rápida y monótona, sin escuchar lo que él mismo decía, como si rezara un rosario. El sudor le empapaba la bata y él se aferraba a lo científico en un esfuerzo por desechar sus aprehensiones—. De hecho, el estómago y los intestinos están llenos de bacterias que no mueren con la persona y que inician la descomposición en las mismas entrañas; sobre todo la clostridia y las coliformes, que se mueven a todo el organismo. Los músculos se ponen rígidos a causa de la descomposición, y después vuelven a suavizarse. Pero no tan rápido como en este cuerpo —el mantra funcionó, la luz brilló con firmeza y Monroy recuperó su aplomo. Lanzó un fuerte suspiro y sonrió al otro médico con una vergüenza infantil dibujada en el rostro.

—De hecho, la velocidad de descomposición depende del medio ambiente. Un cuerpo al aire libre se destruye dos veces más rápido que uno bajo el agua; y cinco veces más rápido que uno bajo tierra. Y a mayor profundidad, el proceso es más lento, aunque también tiene que ver la ausencia de humedad en la tierra. El mismo cuerpo se basta para hacer el trabajo de descomposición; cuando las células mueren, éstas sueltan enzimas que llevan a cabo el proceso; por no

hablar de las enzimas digestivas que se liberan en el organismo. Por ejemplo, el páncreas contiene tantas que, para la hora del funeral, ya se digirió a sí mismo. Sin embargo, este espécimen que tenemos entre manos no presenta ningún síntoma de ello. Si no fuera por la ausencia de pulso, presión y temperatura... yo diría... que duerme.

—¿Diría usted que duerme tranquilamente con una fractura de cráneo y la masa encefálica expuesta? ¿Y después de estar cinco días en “espera” en la gaveta mientras conseguimos el permiso de proceder con la autopsia? —preguntó Dávila, levantando las cejas. La repulsión hacia su colega era evidente.

—Claro que no... pero tampoco tiene signos de putrefacción. A estas alturas, la descomposición del tejido ya debería de haber liberado gas y sustancias verdes. La piel debería estar verde azulada y ampollada, aunque fuera sólo en el estómago. El frente no se ha hinchado ni su lengua sale ni tampoco hay líquido de los pulmones saliendo de su boca y nariz.

—Debe de haberlo guardado usted en refrigeración.

—Lo intenté —contestó el gordo—, pero cada mañana aparecía fuera del refrigerador, sobre la plancha, y nadie entra aquí más que mis asistentes y yo. Así que decidimos ponerlo en una gaveta a temperatura ambiente. Además, ¿huele usted algo?

—No.

—Yo tampoco. Debería de haber olor a metano y sulfito de hidrógeno... pero nada.

—Sergio —el doctor Dávila jamás había llamado por su primer nombre a *El gordo* Monroy—, mi querido Sergio, lo sé... ¿Crees que no me había dado cuenta de todo esto que me dices? Y no sabes nada de lo que pasó arriba en el piso mientras fue paciente de la clínica. El mismo procu-

rador de justicia y el arzobispado están en esto. Cuento con tu ayuda.

—Oí rumores de cosas raras que...

—Son ciertos... No me preguntes sobre eso, por favor, estoy siendo totalmente honesto contigo. Pero médicamente tenemos una joya aquí. Una joya que puede cambiar la medicina como la conocemos. Por eso te necesito. Sergio, no me hagas explicarme más —tomó el escalpelo de patología y se lo ofreció a Monroy—. Vamos, haz la incisión “Y” y a ver qué averiguamos.

—Doctor, como patólogo, Dios sabe que no me asustan los muertos... pero yo he visto muchas cosas en mi trabajo —“como una autopsia clandestina en medio de la noche”, pensó el doctor Monroy—, y es mejor no reparar en algunas de ellas. Sin embargo, si usted insiste...

Cuando el patólogo tomó el bisturí con su larga hoja curva y se dispuso a hundirlo en el cuerpo que parecía dormir tranquilamente, las luces se apagaron de golpe y la sala quedó en total oscuridad. Dávila escuchó los afanados movimientos del gordo, resoplando mientras luchaba con algún equipo al que accionaba a tientas. Se mantuvo quieto con el oído atento, y entre los resoplidos de su pesado colega, le pareció oír un murmullo apenas audible, como si viniera de su propia mente, de una voz que susurraba:

—*Soy un señuelo del paraíso, soy el ojo que mira los pecados en la oscuridad, soy la serpiente que atisba, soy la marea que arrastra la muerte. Soy la venganza: nadie me toca impune.*

La luz se hizo de golpe al encenderse las lámparas de emergencia con las que el gordo Monroy se afanaba.

—¿Dijo usted algo director? —Dávila negó con la cabeza—, porque escuché como si rezaran.

La habitación ahora estaba helada. Las manos de los médicos temblaban por el frío, pero Dávila no respondió a la

pregunta y miró el cuerpo de Becker: se encontraba boca abajo. Monroy siguió la mirada de su jefe y, al observar la posición del cadáver, soltó un chillido agudo a la vez que comenzó a hiper-ventilar, resoplando. Su rostro estaba azul y Dávila temió que su subordinado padeciera un ataque. Pasó casi una hora antes de que el patólogo se tranquilizara y de que su jefe lo convenciera de seguir adelante con el procedimiento.

Dávila mismo hizo la incisión en “Y”, un corte profundo que va del hombro derecho y del hombro izquierdo al esternón y que después baja a lo largo del torso, atravesando la pared abdominal hasta el pubis, sólo desviándose alrededor del ombligo. Jaló con fuerza la piel de estos cortes hacia los lados y levantó el corte superior sobre la cara. Monroy, recuperado con la seguridad que da un acto rutinario repetido cientos de veces, tomó los cortadores de costillas —una especie de alicates— y cortó las mismas una tras otra. Cada chasquido producido por una costilla al romperse reafirmaba al patólogo en su labor. Al terminar, levantó la pared anterior del pecho como quien quita una tapadera. Los órganos, con sus violentos colores marrón, amarillo, violeta y carmín quedaron expuestos. Hizo la “maniobra *Rokitansky*” y cortó los órganos de las conexiones que los unen al cuerpo y los sacó juntos, de golpe, resoplando y con la ayuda de Dávila. Con aplomo subió a la cabeza de Becker y cercenó el cuero cabelludo de oreja a oreja, pasando por la parte posterior del cráneo y jalando la piel hacia delante. Con la sierra vibratoria abrió el cráneo y con ayuda del cincel quitó la tapa. Hizo un corte transversal y separó el cerebro de la médula espinal. Dávila colocó los sesos a “rebosar”, es decir, en una solución al veinte por ciento de formalina para endurecerlos y, al cabo de cinco días, poder diseccionarlos.

Los médicos trabajaban concentrados en su labor, casi sin hablar, haciendo cada paso de su rutina con precisión. Colocaron el estómago, los intestinos y la vejiga aparte, y procedieron a pesar y diseccionar uno por uno los demás órganos.

—Pulmones, novecientos cincuenta gramos; hígado, mil cuatrocientos; riñones, ciento cuarenta y dos —Dávila los pesaba y Monroy tomaba nota.

—¿Es esto real? —la sorpresa en la voz de Monroy era evidente—. ¿Ya vio el tejido de los órganos, doctor Dávila? Parece como si estuvieran curtidos... O momificados, no pudo haber vivido con estos órganos.

—Pero vivía, y su corazón, pulmones... todo, está intacto. Como si estuviera plastificado, como si nunca hubieran sido usados, como si no hubieran envejecido desde sus quince años —sonrió Dávila, imaginando las muestras de tejido ya en el laboratorio de análisis. Y después, su fotografía en la portada de las revistas médicas como *The Lancet*, ¿por qué no?

Vaciaron el contenido del estómago vejiga e intestinos y, aunque éstos estaban llenos de sangre coagulada, no mostraban ninguna señal de heridas. Era como si el cadáver hubiera comido sangre y se hubiera atiborrado de ella. Pero al abrir las arterias y las venas, éstas estaban vacías por completo.

Al finalizar la autopsia, colocaron en el cuerpo el material de relleno y cosieron la incisión "Y" con anchas puntadas. Ya debería estar amaneciendo, pero en el quirófano del patólogo no penetraba ni un rayo de luz. Dávila y Monroy se miraron entre sorprendidos y consternados. Estaban exhaustos. El silencio sólo era roto por el silbar de la respiración de Monroy.

De nuevo se escucharon pasos en el corredor, lentos y pesados; esta vez llegaron a la puerta antes de detenerse. Monroy interrogaba a Dávila con la mirada cuando la luz

de emergencia falló. En las tinieblas, las pisadas cruzaron el umbral claramente, pausadas y un poco arrastradas. No se escuchó la puerta del quirófano moverse. Una corriente de viento glacial se agitó en la habitación mientras Monroy resoplaba tratando de activar las lámparas. Ya se había quitado los guantes de látex y sus dedos sudorosos resbalaban sobre los interruptores que escapaban como peces. Cuando se detuvieron los pasos, el silencio cayó sobre ellos semejante a un monolito; estaba saturado por una presencia que se intuía infinita. Dávila se mantenía como petrificado y no se atrevió a mover un músculo. En contraste, la agitación de Monroy crecía, sus esfuerzos por respirar eran ensordecedores, sus manos golpeaban los instrumentos con angustia. Un gemido agudo y bajo escapaba del enorme vientre del doctor para ahogarse entre su garganta y sus dientes apretados. Por fin logró que las luces generales se encendieran.

Había alguien más con ellos en la sala. El dueño de los pasos estaba erguido, como una torre negra al centro del recinto. Con la mirada desorbitada y la boca entreabierta, Dávila semejaba un personaje de Edvard Munch. Le faltaba el aire, se ahogaba, se sentía demasiado aterrorizado para respirar. Monroy se tomó el brazo izquierdo y cayó torpemente al suelo, apuñalado por un infarto.

El tercero en la habitación miraba el cadáver en la plancha. Levantó la vista con lentitud. Con profunda rabia y sorpresa movió la cabeza milímetro a milímetro hasta ver a Dávila directamente a los ojos y dijo:

—¿Qué me han hecho?

El cerebro de Dávila no alcanzaba a asimilar lo que tenía enfrente. El sudor helado, perlado su rostro, los ojos demenciales y la boca abierta le daban al director un aire semejante a un demonio del teatro Kabuki.

Anselmo Becker estaba parado frente a él, cuestionándolo, mientras el cadáver del mismo Anselmo Becker estaba en la mesa de autopsias junto al doctor. Becker volvió a preguntar con voz glacial, entrecortada por la rabia:

—¡Qué me han hecho!

La mano helada del cadáver se movió, y tomó a Dávila por la muñeca con la fuerza sobrenatural de una prensa hidráulica, en tanto Anselmo alcanzó el bisturí de hoja enorme y avanzó paso a paso hacia el doctor. El médico estaba demasiado sorprendido para reaccionar. En su mente huía a todo correr, pero sus piernas rehusaron moverse, estaban como empotradas al infierno. Becker pasó sobre el cuerpo retorcido de Monroy que agonizaba, con la cara azul y soltando espuma por la boca. El escalpelo le centelleaba fríamente en la mano.

Dávila finalmente comprendió la urgencia de Carvajal por llevarse el cuerpo al Ministerio de Asuntos Extraños del Arzobispado.

DÈJÁ VU

José Luis Domínguez

Nació en Cuauhtémoc, Chihuahua, en 1963. Ganó mención honorífica en el Premio Beatriz Espejo de 2008. Tiene un par de diplomados de Literatura mexicana del siglo XXI y Literatura europea contemporánea, por el INBAL. Ha publicado libros de poesía, ensayo y leyendas. Parte de su obra está traducida al inglés y al griego. Su libro más reciente es *Dèjá Vu y otros cuentos* (2016).

*Así que me has arrebatado con violencia, a mí,
a la que pudo haber caminado con
las almas de los vivos sobre la tierra, a mí,
a la que pudo haber dormido entre
as siemprevivas hasta el final;
así que por tu arrogancia y por tu falta de misericordia
he regresado abruptamente hasta donde los
muertos líquenes gotean muertos rescoldos
encima de los musgos de ceniza...
Eurydice, fragmento, de H. D. Doolittle.*

*Escribir comienza con la mirada de Orfeo.
Maurice Blanchot.*

Eurídice detuvo el vehículo en el estacionamiento del Teatro de los Héroes, justo frente a un hermoso jardín donde se alzaba una hilera de altísimos cipreses.

Horas antes, sentados en una de las bancas del mirador, tomados de la mano, al pie de aquel edificio llamado El Palomar, habíamos visto caer la mansa tarde. Nuestra panorámica se extendía hasta alcanzar la hilera interminable de vehículos, paralela al canal Chuvíscar, ese fin de semana, justo a la hora de salida de los empleados de oficina. La lluvia reciente había arrastrado muy lejos de la ciudad los desechos de las alcantarillas, anulando, de paso, el olor a inmundicia que lo caracterizaba.

Hay siempre un no sé qué de relajante en la contemplación de los vehículos en movimiento, que lo obliga a uno tarde o temprano a retomarse a sí, a retraerse. Pero aquella tarde estival, la mezcla abigarrada de edificios antiguos y nuevos, provocaba en nosotros un estado inefable de lasitud nostálgica, un sentimiento de extrañeza nada común, una sensación de que todo era ajeno a nuestro mundo personal; era como si de pronto y sin darnos cuenta, hubiéramos sufrido una separación de todas las cosas que nos rodeaban. Tal vez por ello nuestra conversación giraba en torno a nuestros problemas. La depresión era mucho más evidente en ella, incluso me atrevía a sugerirle posibles soluciones y diversas formas de salir de aquel laberinto existencial.

Había conocido a Eurídice un par de años atrás, gracias a un periódico en el cual publicaban una entrevista suya. Su cara en semiperfil adivinábase redonda; una nariz fina, delgada; labios pequeños. Su atuendo, su apariencia, eran sencillos: blusa de cuello ruso de un tono claro y un pantalón del color de sus ojos oscuros. Comencé a leer aquel artículo con cierto desenfado, pero mi interés fue creciendo al enterarme que aquella joven era la autora de algunos libros de cuentos y más de cien poemas.

Por aquel tiempo, como radicaba en provincia, ignoraba si alguien más, en aquel pueblo, hablaba mi propio len-

guaje literario, y ahí estaba, en aquellas palabras, en aquella fotografía, por fin, un alma gemela.

Escribí una larga carta en la cual confesaba mis locos anhelos de llegar a ser un poeta de cierto prestigio, anoté su nombre completo en el sobre y lo envié a la dirección de aquel periódico. A los ocho días llegaría a mis manos su también efusiva carta como respuesta. Este sería mi primer acercamiento a una escritora de verdad, de carne y hueso. Sus líneas me hablaban del inmenso amor que una joven le puede tener a una madre enferma; de la terrible represión ejercida por su padre y sus hermanos para que no escribiera; de sus aspiraciones, de su lucha por llegar a ser y hacer en esta vida, no en la otra, lo que en verdad deseaba.

A lo largo de los meses, ambos alimentamos el deseo de un encuentro personal, pero por una circunstancia o por otra, lo fuimos posponiendo. Luego, según me enteré debido a un tardío telegrama, su madre había muerto.

La cita se dio a las tres pe eme en el café-restaurante de un centro comercial, cerca de la glorieta a Francisco Villa. La distinguí porque aún conservaba el recorte de su fotografía publicada en el periódico. En realidad, no había cambiado mucho, y sin embargo, al irme acercando, noté, con cierta desilusión, en su rostro, una fea cicatriz, causada tal vez por alguna quemadura ocurrida en su infancia, justo en el lado cuyo ángulo no capturara la cámara fotográfica el día de la entrevista. Oculté mi decepción con una sonrisa que diríase hubo de salir perfecta.

Conversamos de aquellos asuntos que no habíamos abordado en las cartas, de lo último de nuestros escritos. Ella me advertía de que la suya no era la gran obra. Desvié el tema, evitando hacer cualquier comentario sobre su inesperada declaración de baja autoestima.

Pasadas las cinco, decidimos salir a la tibieza de la tarde. Cruzamos gran parte de la ciudad. Luego entramos a la biblioteca del Parque Lerdo, y nos entretuvimos largo rato conversando en voz casi ininteligible, y curioseando los títulos de la colección del área de literatura. Fue entonces cuando me preguntó si ya conocía El Palomar.

Regresamos a donde ella había estacionado el Chevrolet clásico, el cual dejó escuchar su voz de tenor de mala época, para recordarme el uso del cinturón, mientras usaba como fondo un agudo y repetitivo campanileo. Se me ocurrió imitar esa voz para contar un chascarrillo que ambos festejamos.

Llegamos hasta el declive en donde se encontraba un edificio de tres pisos de forma circular. En su interior, una escalera de caracol permitía el ascenso. Un tal Mario Arnal exponía una interesante colección de dibujos al carbón: rostros, cuerpos, paisajes y plantas representados en forma estética sobre el papel, le otorgaban a aquel sitio un ambiente único. En la cúspide, un techo tipo kiosco remataba el edificio.

Desde el último piso se podía observar la simetría de los corredores allá abajo, con cuadros de pasto de reciente poda y algunos rosales desperdigados. Metros más allá, cuatro enormes y escultóricas palomas. Su tonalidad era de un negro plumizo, el cual les otorgaba visos de una realidad amarga, disfrazada en ese gesto simpático de la paloma que hurgaba con el pico bajo su ala, en esa búsqueda frenética de un coruco mordaz: símbolo aterrador de la falta de armonía, signo de la imperfección con la que, según creía entonces, debían estar hechas las cosas y la vida. Aún las aves, únicos seres capaces de elevarse por encima de todo, tenían algo que nunca las dejaba en paz: Las formas del espíritu atormentadas por las formas de la tierra.

«EL ESPEJO DE BEATRIZ. VOLUMEN 2»
COMPILACIÓN

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 9 DE NOVIEMBRE DE 2020
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.